

## 500 años después de Lutero

Juan Carlos Fernández  
www.juancarlosfernandez.es

Se conmemora este año el medio milenio de las tesis de Lutero, publicadas el 31 de octubre de 1517 en Wittenberg. El agustino originó un proceso de cisma y su doctrina experimentó una rápida expansión, que correlativamente provocó la contrarreforma católica. Las guerras de religión causaron una efusión de sangre brutal, hasta que la paz de Westfalia, en 1648, dio fin a estos conflictos. Allí se acuñó, si mal no recuerdo, la célebre expresión latina *cuius regio, eius religio*; es decir, que cada pueblo asumiría la religión de su príncipe.

Seguramente sería inexplicable el cisma sin una actitud personal del cismático, en este caso de Lutero, y sin unas circunstancias históricas. No es objeto de estas líneas profundizar en ello, ni me siento capacitado para tal empresa. Lo que sí quiero resaltar es que la ruptura, que se sumaba a la de los ortodoxos (aunque las diferencias con estos son menores), debilitaba la cristiandad. Y que durante siglos el fanatismo campó por sus respetos. Afortunadamente, los tiempos que nos han tocado vivir son otros, y las diferencias entre las confesiones cristianas parecen ser llevaderas. Salvo que, como en el caso de Irlanda del Norte, la práctica religiosa esté acompasada con determinadas opciones políticas, en cuyo caso la religión es solo una circunstancia: unionistas e independistas no creo que se agredan por dogmas de fe, sino por la independencia de Irlanda.

Desde luego, el respeto es elemento fundamental para la convivencia. En mi caso he tenido la fortuna de ser testigo o protagonista en dos ocasiones en las que se hizo patente la tolerancia entre católicos y protestantes. Y en las dos me sentí gratificado. La primera, como testigo, en Rambouillet, en una misa con motivo de una solemnidad local: para mí pasó desapercibido el detalle, pero el alcalde, protestante, me hizo saber que un himno que acababa de interpretar el coro se cantaba en las ceremonias protestantes, y que fue ejecutado en su honor. Magnífico gesto. Como protagonista, aunque secundario, tuve el honor de representar al Ayuntamiento, e intervenir en el acto, durante la



inauguración de una exposición sobre la biblia Reina-Valera. Acompañé institucionalmente al presbítero local y a un pastor protestante.

¿Suponen estas anécdotas pasos en el camino ecuménico del retorno a la unidad? Evidentemente, no; desandar lo andado durante cinco siglos no es fácil ni pacífico. Pero superar el obstáculo de la intransigencia y del desprecio ya es algo notable, máxime cuando católicos y reformados han condicionado la cultura y el modo de ser en los territorios donde prevalecen. Para allanar el trayecto, me parece, hay que empezar por ir al auténtico sentido religioso: la trascendencia, la esperanza que las distintas confesiones ofrecen al hombre, esclavizado en un mundo hostil que cree dominar pero que le desborda con creces y le provoca inseguridades y miedos. Quizá la religión sea un clavo ardiendo, y nos agarramos al que menos al rojo esté. Pero para ser reconfortados hay que quemarse las manos antes: creas o no en la autoridad del papa; proclames que basta con la Sagrada Escritura o que la tradición y la doctrina de la Iglesia son necesarias; sostengas que la salvación viene de la mano de tu fe o asegures que hay que complementarla con buenas obras, en todos los casos estamos hablando de un proyecto original de salvación asentado en el madero del Gólgota en el que fue inmolado Jesucristo. Debería haber bastado con esa sangre derramada, no era necesario proclamar la esperanza con degollinas. El ecumenismo sigue siendo reto y necesidad.